

SECCION VII.

Ejemplo de los Santos.

Mas al propio tiempo que la eleccion de las prácticas particulares puede dejarse sin ningun peligro á la devocion de cada cual, no será inoportuno decir unas cuantas palabras acerca de los ejemplos de los Santos: sobre este asunto, como podía esperarse, son innumerables; y si bien no voy ahora á abrumaros, trasladando aquí un número considerable de ellos, deseo, sin embargo, ilustrar y confirmar mi doctrina relativa al purgatorio, con los ejemplos de personas santas. Los Diálogos de San Gregorio el Grande, pueden considerarse como la fuente principal de la devocion por las almas benditas, practicada en todos los siglos siguientes; y el P. Pedro Fabre solía decir, que aunque San Gregorio es un Santo que debe ser amado y honrado por muchas razones; mas ninguna otra se nos ofrece tan poderosa, como (me valgo de sus mismas palabras) la de habernos expuesto y legado aquel Santo Doctor, con asombrosa claridad y no menor lucidez y transparencia, la doctrina relativa al fuego del purgatorio. Pues creia este varon piadoso, que si San Gregorio no nos hu-

biese enseñado tantas cosas acerca de las ánimas benditas, la devocion de los siglos siguientes, por semejantes esposas queridas de Jesús, habria sido mucho más fria y desmayada; así es que, cuando predicaba sobre las excelencias y grandezas de esta devocion, tenia la costumbre de extender, juntamente con ella, una devocion especial á San Gregorio.

Aunque la mayor parte de los Santos se han distinguido de un modo singularísimo por su devocion á los fieles difuntos, pues enseña Santo Tomas, que es incompleta la caridad cuando no incluye, así á los muertos como á los vivos; no obstante, han existido ciertas almas santas, cuya vida parece que Dios destinó en sacrificio grandemente sobrenatural por los fieles difuntos: Sor Josefá de Santa Inés, religiosa agustina, fué una de ellas, y otra, Sor Francisca de Pamplona, religiosa carmelita descalza. Ambas á dos religiosas parecian no vivir más que para este solo objeto: estaban en comunicaciones continuas con las almas benditas: sus celdas, frecuentemente se encontraban llenas de ellas; la de Sor Inés, casi siempre estuvo consagrada á ser lugar de purificacion para varias: por otra parte, el carácter de santidad de ambas á dos religiosas fué asimismo muy semejante. En

materia de purgatorio, sin el menor escrúpulo, podemos servirnos de las revelaciones relativas á semejante lugar, siguiendo el ejemplo de una autoridad tan respetable como la del Cardenal Belarmino, quien, en su Tratado sobre el Purgatorio, segun ya lo he indicado más arriba, aduce siempre algunas revelaciones particulares, como una clase distinta de pruebas en defensa de sus proposiciones. Por muchas razones he preferido tomar mi ejemplo, en corroboracion de la doctrina que vengo sosteniendo en el presente capítulo, de la vida de Sor María Denise de Martignat, de la Visitacion, quien murió en el convento de Annecy, año 1653; y créome excusado de entrar en explicaciones por la extension de mi narracion, porque un solo ejemplo, presentado extensamente, ilustrará el asunto, mejor que dos docenas de cortas anécdotas, relativas al mismo objeto.

En la época en que Mlle. de Martignat abandonó la córte de Francia por la de Carlos Manuel, en Turin, vivia en esta capital una doncella, conocida con el nombre de Madre Antée, quien habia recibido del Espíritu Santo un don especial para consagrarse al servicio de las almas del purgatorio. Habíase ya empleado muchos años en semejante ejercicio devoto; y en-

trando en relaciones con Mlle. de Martignat, obtuvo de Dios, en sus oraciones, que la sucediese Martignat en el honroso oficio de socorrer á los fieles difuntos. Y, en efecto, su alma fué la primera que vió María Denise saliendo del purgatorio despues de una detencion de cinco horas en aquel lugar de sufrimiento, por no haber seguido las inspiraciones que Dios la comunicara acerca de ciertas buenas obras. La Madre Antée habia declarado á Denise de Martignat, que con el tiempo llegaria á ser religiosa, como años ántes se lo habia ya San Francisco insinuado en Paris; y que estaba ordenado, que á su debido tiempo se agregaria al convento de la Visitacion, en Annecy. En su viaje fué acompañada Denise por una multitud de almas, cuya presencia embargaba de tal suerte sus sentidos, que no se apercibió del paso del Mont-Cénis: tan embebida estaba en su conversacion con las benditas almas. Por las oraciones de la Madre Antée, habia recibido miéntras estaba orando delante de la Sabana Santa, en Turin, una gracia eficaz y misteriosa, por medio de la cual gozaba de un inmenso poder sobre las almas del purgatorio; y los primeros años que permaneció en Annecy, los consagró enteramente al ejercicio de prácticas piadosas en alivio

de las penas que padecen las almas benditas. No pocos secretos llegaron á revelarla; y entre otras cosas, la dijeron, cuando estaba ejerciendo el oficio de enfermera, que no habia ningun lugar dónde hubiese tantos espíritus malignos ni tan activos, como en la enfermería, por ser este el campo en que el alma riñe la última batalla por la eternidad.

Continuamente estaba acompañada de almas benditas, viéndolas con sus propios ojos: declaró á la Superiora, que léjos de tenerlas miedo, se hallaba tan á gusto en medio de un ejército de almas, como con sus hermanas de Comunidad; encontrando mayor aprovechamiento para su alma en la conversacion con los fieles difuntos, que con los vivos: hacíase con cuantas medallas podía, que tuviesen concedidas indulgencias; y en la recreacion, constantemente estaba predicando con elocuencia acerca de las excelencias de esta su devocion favorita. En cierta ocasion la manifestó su Superiora el deseo que tenia de ser visitada por un alma del purgatorio, siempre que semejante visita contribuyese á hacerla más humilde y agradable á los ojos de Dios; á lo cual replicó María Denise:—«Muy bien, Madre mia querida, si tal es vuestro deseo y determinacion, roguemos al Señor, que os lo

conceda.» Habiendo consentido en ello la Superiora, quedó enteramente asombrada, al ver que aquella misma noche recibió una misteriosa señal de un alma en penas, quien, desde aquel momento, continuó visitándola con bastante frecuencia: varias religiosas de la Comunidad, que dormian en la misma habitacion de la Superiora, fueron testigos de vista y auriculares de semejantes visitas; y esto duró por espacio de algunos meses. Al terminar el tiempo de dichas comunicaciones, dijo María Denise á la Superiora, que la continuacion de un alma en las penas del purgatorio, como aquella que la habia visitado, debia convencerla de que permanecen las almas sufriendo en aquel lugar de expiacion mucho más tiempo de lo que ántes ella se habia imaginado; y esto por cuatro razones: primera, por la inconcebible pureza que era preciso tuviese el alma ántes de poder presentarse delante de Aquel que es la misma santidad y pureza por esencia, quien no recibe á nadie en la Jerusalem celestial, que no sea tan puro como la patria misma de la gloria: segunda, por la innumerable muchedumbre de faltas veniales que cometemos en la vida presente, y la *poca penitencia que hacemos por los pecados mortales que hemos confesado*: tercera, por la incapaci-



dad de semejantes almas para socorrerse á sí propias; y cuarta, á causa de la tibieza y negligencia de la mayor parte de los cristianos en rogar y practicar buenas obras por estas almas; pues los fieles difuntos son olvidados de la memoria de los vivos, apénas han desaparecido de su vista; cuando la verdadera caridad acompaña á aquellos á quienes ama, á través de las llamas del purgatorio, á los goces celestiales de la gloria.

La festividad de nuestra Señora de los Ángeles era un día en que María Denise obtenia generalmente la redencion de muchas almas del purgatorio. Una vez, despues de la Comunion en honra de aquella fiesta, sintió un fuerte movimiento interior, como si nuestro Señor la estuviese arrancando el alma del cuerpo, trasladándola despues al borde del purgatorio, donde la señaló el alma de un poderoso príncipe que habia muerto en un duelo, mas á quien Dios otorgó la gracia de hacer un acto de contricion, ántes que exhalase su postrer suspiro; y la fué ordenado que rogase por él de un modo particular, lo que practicó Denise durante nueve años y tres meses, llegando hasta ofrecer en sacrificio su vida por el alma de semejante personaje; y á pesar de eso, no fué libertada del cautiverio del purgatorio. En-

contrábase la sierva de Dios tan agoviada con la vision de semejante alma, que la Superiora llegó á conocer que debia haberla sucedido alguna cosa extraordinaria, y preguntóla el motivo de su turbacion. Refirióla Martignat la vision, y añadió:—«¡Sí, Madre mia querida! he visto esa alma en el purgatorio; pero ¡ay! ¿quién la sacará? acaso no salga hasta el día del juicio. ¡Oh, Madre mia! continuó, sollozando, ¡cuán bueno es Dios en su justicia! ¡Cuánto ha seguido ese príncipe el espíritu del mundo y los placeres de la carne! ¡cuán poco cuidado tuvo de su alma, y qué poca devocion en el uso de los Sacramentos!» El efecto de semejante vision, juntamente con las penitencias que practicaba en sufragio de esa alma, causaban en su salud corporal una alteracion tal, que la Superiora se lo hizo presente, llamándola la atencion acerca del particular; mas ella replicó, que ahora debia estar constantemente sufriendo, pues habiase ofrecido á Dios con el fin de procurar á esa alma infeliz algun alivio en sus penas. «Y, no obstante, Madre mia querida, añadió, no me impresiona tanto el lamentable estado de tormento en que he visto su alma, como el asombro que produce en mi ánimo aquel momento glorioso de gracia, que coronó la obra de su salvacion eterna: se-

mejante instante venturoso me parece el exceso de la bondad, dulzura y amor infinito de Dios. La accion en que murió, merecia el infierno: por su parte, ningun miramiento tuvo para con Dios, con objeto de que le enviase del cielo aquel momento precioso de la gracia; fué un efecto de la comunión de los Santos, por la participacion que tuvo en las oraciones hechas por su salvacion: la divina Omnipotencia tuvo la dignacion de apiadarse benignamente de alguna buena alma; y en aquella ocasion obró fuera del curso ordinario de la gracia. ¡Ah! ¡Madre mia querida! preciso es que en lo sucesivo enseñemos á todo el mundo á pedir á Dios, á nuestra Señora y á los Santos, ese instante final de gracia y misericordia para la hora de la muerte, y á preparar tambien el camino que conduce á ella, por medio de buenas obras; porque si bien puede derogar alguna vez nuestro Señor el curso ordinario de su providencia, no debemos jamas presumir alcanzar semejante privilegio en nuestra propia causa. Muchas batallas se riñeron en Israel; y nunca se detuvo el sol sino por Josué, ni retrocedió más que en favor de Ezequías. Un millon de almas se han condenado ejecutando la misma accion en que el príncipe fué salvado: no estuvo más que un solo instante en el uso de su

razon, para cooperar al momento precioso de la gracia; aquel instante le inspiró una verdadera conversion, que le habilitó para hacer un acto de verdadero arrepentimiento final.»

Poniéndola algunos reparos la Superiora acerca del particular, respondió Denise:—«Madre mia querida, como el príncipe no habia perdido la fe, era una especie de pajueta, pronta á inflamarse; así es que cuando la chispa de la gracia tocó el centro cristiano de su alma, fué encendido el fuego de la caridad, é hizo brotar un acto de salvacion. Dios puso en accion el instinto natural que tenemos, el cual nos mueve á invocar á la Causa primera, cuando estamos en peligro inminente de perder la vida que recibiéramos de sus liberales manos; y así es cómo tocó al príncipe, solicitándole á recurrir á la gracia eficaz. La divina gracia es mucho más activa de lo que podemos imaginarnos: imposible es que cerremos nuestros ojos con tanta velocidad, como la que Dios emplea en la justificacion del alma donde Él busca la cooperacion; y el momento en que el alma ejecuta el acto de cooperacion á la gracia, es tan rápido como aquel en que la recibe; y entónces el alma comprende cuán admirablemente ha sido criada á imágen y semejanza de Dios.» Viendo la Su-

periora que iba engolfándose en misteriosas profundidades, la interrumpió haciéndola observar como se había Dios ocupado durante cuarenta años con los hijos de Israel, y ni aun así consiguió que se convirtiesen de sus malos caminos.—«Es verdad, Madre mia, la contestó Denise; pero entonces juró Dios en su cólera, que aquel pueblo suyo endurecido no entraria en su descanso. La gracia victoriosa, solamente necesitó un momento para derribar á San Pablo, y triunfar de su corazon. La conducta y los juicios de Dios son abismos que no nos incumbe sondear; pero puedo aseguraros una cosa, y es, que si no hubiese sido por aquel solo instante dichoso de gracia, el alma del príncipe hubiera descendido á lo más profundo de los infiernos; y desde que el demonio es demonio, acaso nunca se haya visto más defraudado en sus esperanzas, como en la pérdida de aquella presa; porque él no sabia nada acerca de la ocupacion interior de su víctima durante aquellos pocos segundos que le otorgara la Bondad divina despues de haber sido herido mortalmente.»

Apénas se encuentran palabras con que describir los sufrimientos de alma y cuerpo que padeció María Denise en alivio de esa alma: la

Madre de Chaugi consagró á ellos un capítulo entero; cuyos sufrimientos son enteramente iguales á aquellos que leemos de algunos Santos. Despues de un prolongado martirio de semejante especie, plugo á Dios que viese Denise en espíritu el alma del príncipe lijeramente levantada sobre el fondo de aquel abismo encendido del purgatorio, en disposicion de ser libertada algo ántes del dia del juicio y con una abreviacion de *unas cuantas horas* de purgatorio. Suplicó entonces Denise á la Madre de Châtel, que rogase por él con vivas instancias; y consintiendo esta buena Madre en la demanda, no pudo dejar de expresar su sorpresa, de que la hubiese solamente hablado de una abreviacion de unas cuantas horas; pero María Denise la replicó:—«¡Ah, Madre mia! es ya una gran cosa el que la divina Misericordia haya comenzado por acceder á los ruegos: el tiempo no tiene en la otra vida la misma medida que en la vida presente: años enteros de afliccion, de trabajos, de pobreza y enfermedades agudas en este mundo, no pueden compararse con una sola hora de aquellos sufrimientos que padecen las infelices almas del purgatorio.»

Me extenderia demasiado si fuese á referir todas las comunicaciones que el Señor tuvo la

dignacion de mantener con María Denise, relativas á la situacion de aquella alma. En fin, vino semejante vision á concluir con el desenlace de ofrecer Denise su vida en alivio solamente, no en rescate, de los sufrimientos que padecia el alma de aquel príncipe; cuyo sacrificio la fué aceptado. No mucho tiempo ántes de su muerte, manifestándola la Superiora, que ya por entonces estaria seguramente aquella alma liberada del cautiverio del purgatorio, María Denise la dijo con gran entusiasmo:—«¡Oh, Madre mia! muchos años y muchos sufrimientos son necesarios todavía;» y, últimamente, murió. No obstante, no se supo una sola palabra de que fuese libertado el príncipe, ni aun por aquel sacrificio heróico que coronó más de nueve años de sufrimientos, Misas, Comuniones é indulgencias, no solamente de su parte, sino, por mediacion suya, de parte tambien de muchas otras personas. ¡Qué comentario tan largo no podria escribirse acerca de todo esto! pero los corazones que aman á Dios, ya lo comentarán por sí mismos. Loor, pues, á la Majestad gloriosa del Altísimo por la insaciabilidad de su pureza inmaculada.

Otra palabra no más. Entre las angustias que desgarran á los corazones generosos, existe una,

que parece va haciéndose mayor, á medida que se sucede en el mundo una generacion á otra en la serie de los siglos, y es el espantoso vuelo del pauperismo y la miseria, y nuestra incapacidad para remediar semejante calamidad: difícilmente exista alguno de entre nosotros que no haya experimentado semejante angustia, á vista de las proporciones inmensas que va tomando la pobreza. Es tan asombrosa la miseria que está affigiendo á la sociedad, que aquellos que cuentan con escasos recursos para remediarla, indudablemente, sentirán tanta afficcion como los que carecen de ellos; y aquellos que disponen de mucho que ofrecer, acaso se vean aun más affigidos todavía; porque la accion de dar, abre el corazon humano y le aficiona á emplearse en tan santa ocupacion cada dia con nuevo desinterés; y consiguientemente, quienes tienen mucho que dar, conocen mejor que otros, cuán escasos son sus recursos comparados con la necesidad. Mas semejante inclinacion á dar limosna, nace del Sagrado Corazon de Jesús, y preciso es satisfacerla. Y bien; ¿podemos discurrir un medio de satisfacerla, que llegué á igualarse al de dar limosna á las almas benditas del purgatorio, que son quienes más la necesitan? Todos nosotros disponemos de recursos con que

poder remediar á las esposas amadas de Jesús. ¿Y cuánto no podríamos tambien hacer en favor de nuestros pobres queridos de la tierra, si encomendásemos su causa á las almas á quienes Dios nos permite libertar de las penas del purgatorio; haciendo con ellas un pacto amistoso, para que cuando respiren el aire puro del cielo, é inmediatamente despues de presentar al Rey de la majestad sus homenajes y primeras saluciones, rueguen al Señor tenga la dignacion de enviar copiosos raudales de gracia sobre los ricos á fin de que sus corazones, á semejanza de los corazones de los primeros cristianos, queden abiertos, para negarse generosamente á sí propios y festejar á los pobres de Cristo?

Esta doctrina del purgatorio, y los inmensos poderes que pone en las manos de aquellos que practican la devocion por las almas benditas, prueban más que ninguna otra cosa cómo Dios lo ha ordenado todo por amor, todo para mostrarnos el amor que nos profesa, todo, en fin, para granjear el amor de sus criaturas; así como el olvido y menosprecio de semejante devocion nos hace ver con no menor evidencia, la ingratitud y ruindad con que correspondemos al amor divino, desagradecimiento que

es tan asombroso como el amor mismo de Dios nuestro Señor. ¡Cuán patética y encantadora es la descripción que Dios se sirvió dar á Santa Gertrúdis, de sí mismo y de su solicitud por las almas:—«A la manera que un pobre baldado, la dijo, quien no pudiendo andar por su pié, y habiendo alcanzado á duras penas el ser llevado á la solana, para reanimarse con el calor, ve avanzar rápidamente una tempestad, y tiene que esperar resignado, pero burlado en su propósito, á que pase y vuelva el cielo á despejarse,—así soy Yo: mi amor por vosotros me domina y compele á elegir habitar en vuestra compañía durante la recia tempestad de vuestras culpas, esperando que venga al fin la calma de vuestra enmienda y el reposado abrigo de vuestra humildad.» No sin razon podemos, pues, exclamar con Santa Catalina de Génova:—«¡Oh Señor mio! ojalá me fuese siquiera dado conocer la causa de vuestro excesivo y puro amor á las criaturas racionales!» Pero nuestro Señor la contestó:—«Mi amor es infinito, y no puedo ménos de amar lo que he criado. La causa de mi amor no es otra más que el amor mismo; y viendo que no puedes comprenderle, descansa en paz y no pretendas averiguar lo que jamas te es posible descubrir.» Entónces la Santa prorrumpió

en estas expresiones:—«¡Oh Amor! aquel que os siente, no os comprende; y quien desea comprenderos, no puede conoceros!»

No haria más que repetir cuanto llevo ya dicho en otra parte, si fuese aquí á exponer minuciosamente los diversos medios con que la devocion por los fieles difuntos promueve nuestros tres fines: la gloria de Dios, los intereses de Jesús y la salvacion de las almas. En efecto, el carácter peculiar de semejante devocion es la plenitud: toda ella está animada de una vida y virtud sobrenaturales; rebosando doctrina, obrando en todas partes é interviniendo en todas las cosas. Siempre estamos tocando en ella con algun resorte oculto, que va más allá de lo que pensábamos, y cuya accion sobrepaja á nuestra esperanza: no parece sino que todas las cuerdas de la gloria divina están reunidas y sujetas á ella; y cuando una es tocada, vibran todas y forman una melodía á la mayor honra de Dios, melodía que no es más que una parte de la suave cancion que el Sagrado Corazon de Jesús está constantemente cantando en el seno de la muy compasiva Trinidad.

FIN DEL TOMO II.

ÍNDICE GENERAL.

Páginas.

CAPÍTULO I.

ACCION DE GRACIAS.

Olvido de la accion de gracias.—Espíritu de la Eucaristía.—Faltas de las personas piadosas.—Los tibios, ordinariamente pagados de sí mismos.—Paternal providencia de Dios.—El Espíritu de accion de gracias, característico de los Santos.—Devocion al Verbo eterno.—Prácticas.—Tradicion judía de Filon.—Varios objetos de accion de gracias.—1.º Beneficios comunes.—2.º Beneficios personales.—3.º Aflicciones.—4.º Beneficios insignificantes.—5.º Beneficios varios.—6.º Criaturas irracionales.—7.º Beneficios de nuestros enemigos.—Apostolado de la Oracion.—8.º Ángeles y Santos.—9.º Sobrenaturalismo de la Iglesia y don de la fe.—Santa Juana Francisca de Chantal.—10. La Santa Misa.—Materiales para la accion de gracias despues de la Misa y Comunión.—Nuestra correspondencia hasta el presente á los beneficios divinos.—Frutos espirituales de la accion de gracias.—Aplicacion de la accion de gracias á los tres instintos de los Santos. 3

CAPÍTULO II.

ALABANZA Y DESEO.

La ciencia y la gracia.—*Viajero Doméstico Uni-*